

tan autorizada como elocuente del P. Lacordaire; hé aquí cómo se expresa el célebre orador de Nuestra Señora de París, al exponer el tránsito operado en la humanidad por la acción del cristianismo, bajo el punto de vista de la propiedad del trabajo:

«El rico se había degradado á sí mismo, había degradado al pobre, y nada comun existía entre estos dos miembros vivos, pero podridos, de la humanidad. El rico ni siquiera sospechaba que debiese algo al pobre. Le había arrebatado todo derecho, toda dignidad, todo respeto de sí mismo, toda esperanza, todo recuerdo de origen comun y de fraternidad. Nadie pensaba en la instrucción del pobre, nadie en sus dolencias, nadie en su suerte. El pobre vivía entre la crueldad de su señor, la indiferencia de todos y su propio desprecio. En este estado le encontró Jesucristo. Veamos qué hizo de él.

»Hay una propiedad inseparable del hombre, una propiedad que él no podría enagenar sin dejar de ser hombre, y cuya enagenación jamás debe ser aceptada por la sociedad: tal es la propiedad del trabajo. Si, señores; podeis no llegar al dominio de la tierra; la tierra es pequeña, hállase habitada hace muchos siglos, habeis llegado tarde, y para conquistar una sola partícula necesitareis, tal vez, sesenta años de la vida mas laboriosa. Es verdad; pero tambien, y por contrapeso, os quedará siempre la propiedad del trabajo; jamás seréis desheredados de ella, y ni aun el poseedor de la

tierra podrá, sin vuestra concurrencia, obtener del suelo, que es suyo, la obediencia de la fecundidad. Vuestro trabajo, si no es el cetro, será por lo menos la mitad de este cetro, y por esta equitativa distribución, dependerá la riqueza de la pobreza, tanto como esta de la riqueza. La transición de una á otra será frecuente, la suerte de las dos será auxiliarse y engendrarse recíprocamente.

»Tal es el orden hoy día; pero ¿era este el orden antes del Evangelio? Ya sabeis que no, señores; sabeis que la esclavitud era la condición general del pobre; es decir, que privado este del dominio general de la tierra, se le había despojado tambien de todo derecho á su propio trabajo. El rico había dicho al pobre: «Yo soy dueño del suelo; es necesario que lo sea de tu trabajo, sin el cual no produciría nada la tierra. El suelo y el trabajo no forman mas que una cosa. Yo no quiero trabajar, porque esto me fatiga; y no quiero tratar contigo, porque esto sería reconocerte igual á mí y cederte una parte de mi propiedad en cambio de tus sudores. Yo no quiero necesitar de tí, yo no quiero reconocer que necesito un hombre para calzarme los piés y para no ir desnudo; tú serás, pues, mio; tú serás cosa de mi pertenencia, lo mismo que la tierra, y en cuanto me convenga, tendré cuidado de que no te mueras de hambre...» Pues bien; Jesucristo ha hecho al hombre propietario de su trabajo para siempre; ha hecho al pobre necesario al rico, partiendo con él

la libertad y las fuentes de la vida. Ninguna tierra ha florecido tanto como bajo la mano del pobre y del rico unidos con un convenio y estipulando por su alianza la fecundidad de la naturaleza.»

Si el trabajo es, pues, el gran productor de las riquezas; si el trabajo es el elemento mas poderoso y una de las condiciones mas esenciales que han influido é influyen en la produccion y desarrollo de la riqueza de las naciones modernas; si el trabajo, en fin, es el punto culminante de la Economía política y como la base fundamental de sus teorías y afirmaciones; bien puede decirse que esta ciencia no puede librarse de la nota de ingratitud é inconsecuencia, al prescindir del cristianismo y al renegar de sus máximas. Debiera no olvidar que el cristianismo, al traer al mundo el inestimable don de la propiedad del trabajo, no solo restituyó sus derechos á la humanidad, sino que hizo posibles hasta cierto punto las condiciones de existencia y perfeccion de la Economía política, introduciendo en el mundo con la propiedad del trabajo un gran poder de produccion, el elemento mas poderoso de la riqueza de las naciones y de la difusion del bienestar de los individuos. Porque los hombres de la ciencia saben bien cuánta es la diferencia que existe, relativamente á la produccion, entre el trabajo del esclavo y el trabajo del hombre libre. Ni es de extrañar, antes sí es muy natural, esta diferencia. El esclavo, oprimido, mal alimentado y envilecido, sabe que solo trabaja

para saciar la codicia de su amo, y que si este le arroja un pedazo de pan, es solo porque sin este no podría aprovecharse de su trabajo. De aquí es que el esclavo ni desea ni procura el bien de su amo, y se halla mas bien dispuesto á complacerse en sus desgracias, al paso que el operario libre desea y se interesa en el acrecentamiento de produccion y en la prosperidad del establecimiento en que trabaja.

La razon y la experiencia demuestran tambien que la alegría y la esperanza robustecen las fuerzas del trabajador, haciéndole menos sensibles sus fatigas. Pero estas afecciones solo pueden tener lugar en el corazon del operario libre, que sabe que trabaja para sí, y que espera el fruto de sus duras faenas. El esclavo, que sabe que solo trabaja para otro, y que no ve en sus fatigas la esperanza de mejorar su suerte, no puede experimentar estas reparadoras afecciones.

Que si de la cantidad de la produccion pasamos á su calidad, no se presentan menos palpables las ventajas de la propiedad del trabajo. El hombre libre puede discurrir, puede adquirir una instruccion mas ó menos extensa; el esclavo, encorvado siempre bajo el látigo del amo, que se halla interesado hasta cierto punto en su embrutecimiento, puede decirse que no piensa, y carece, por consiguiente, de las condiciones físicas y morales necesarias para llegar á la instruccion é inteligencia, que son las que pueden determinar la superioridad en la calidad de los productos.

Hé aquí por qué hemos dicho que la Economía política se muestra muy ingrata é inconsecuente cuando prescinde de las máximas de Jesucristo y del cristianismo, al exponer sus leyes, sus doctrinas y sus teorías. Cuando Jesucristo moría por todos los hombres indistintamente; cuando decía á todos los hombres, en la persona de sus discípulos: *Os doy un mandamiento nuevo; que os ameís unos á otros como yo os he amado*; cuando decía por boca de san Pablo: *Te ruego por mi Onésimo, á quien yo he engendrado en las prisiones... el que te he vuelto á enviar, no ya como esclavo, sino en vez de esclavo, como hermano muy amado*, daba al mundo y á las naciones el gérmen mas poderoso para la produccion y desarrollo aun de las riquezas materiales, puesto que restituyendo al hombre su libertad, le restituía con ella y por ella la propiedad del trabajo, porque el esclavo es un ser que no tiene tierra ni trabajo propio.

No se nos oculta que todavía existen hombres que, á despecho de los testimonios irrefragables de la razon y de la historia, se empeñan en arrebatar al cristianismo esta gloria, la gloria inmarcesible de haber llevado á cabo la abolicion de la esclavitud, de esa institucion social que corroía y deshonoraba á las naciones anteriores á Jesucristo. Sabemos muy bien que no faltan hombres en nuestros dias, que arrastrados por el orgullo racionalista, no menos que por sus preveniciones injustificadas contra el cristianismo, atrévense

á negar que este, y que su fundador, Jesucristo, hayan hecho nada para la abolicion de la esclavitud. «Oigamos, en prueba de ello, las palabras que escribe uno de los racionalistas contemporáneos que mas se distingue por sus apasionados ataques contra la Iglesia católica. «El progreso se manifiesta en todas las fases de la vida humana. Pero el progreso social es el que principalmente hiere nuestra vista... Citamos solamente la esclavitud. El mas profundo pensador de la antigüedad, Aristóteles, la consideraba como eterna. Jesucristo no soñó en abolirla, y, sin embargo, bajo la influencia de las razas germánicas, la esclavitud se trasformó y acabó por desaparecer.» (1)

Apenas se concibe que semejantes palabras se escriban seriamente en pleno siglo XIX; porque no se concibe ciertamente que en nuestros dias se consignent afirmaciones que se hallan en contradiccion absoluta con la conciencia general de la humanidad civilizada, y mas todavía con los testimonios de la historia. Solo teniendo en cuenta la perniciosa cuanto poderosa influencia que ejercer pueden sobre el espíritu humano las pasiones y preocupaciones anticatólicas, se concibe la posibilidad de afirmar en absoluto y rotundamente que *Jesucristo no pensó en abolir la esclavitud*. ¿Qué hubieran hecho esas razas germánicas, á las que Mr. Laurent atribuye esclusivamente la abolicion de

(1) Laurent, *La Philosophie du XVIII siècle et le Christianisme*, pág. 70.

la esclavitud y advenimiento de las libertades civiles y políticas, qué hubieran hecho, repito, si no hubieran encontrado en su camino á la religion de Cristo? No cabe negar en buena y racional crítica histórica, no cabe siquiera poner en duda que fué esa religion santa, que fué la Iglesia católica, que fueron las máximas del evangelio las que reformaron, suavizaron y trasformaron los hábitos, los instintos, las costumbres y las instituciones de aquellas razas sometidas á la barbarie. ¿Qué sería hoy la civilizacion europea, si los germanos, y los godos, y los suevos, y los francos, y tantos otros pueblos, mas ó menos bárbaros, no hubieran sido fundidos, por decirlo así, y regenerados en el gran molde del cristianismo? Sin negar que las razas germánicas y sus afines aportaron elementos mas ó menos importantes á la moderna civilizacion, es incontestable, es á todas luces evidente, que el fondo y la esencia de la misma, que los elementos fundamentales y mas fecundos de esa civilizacion que constituye la fuerza y la gloria de la Europa, pertenecen al cristianismo y son debidos al evangelio de Jesucristo; que no en vano ó sin razon lleva el nombre glorioso y característico de *civilizacion cristiana*, segun en otra parte (1) dejamos ya consignado.

Por lo demás, nos permitiremos rebatir las afirma-

(1) *Filosofia de la Historia*, t. 1.

ciones de Mr. Laurent, y contestar á sus palabras con las siguientes del citado P. Lacordaire, palabras que se apropian y cuadran perfectamente á nuestro racionalista y á su pensamiento capital en el pasage arriba transcrito.

«¡Hombres ingratos, que renegais de Jesucristo y que creéis meditar una obra mas profunda que la suya! Vosotros sois bien felices en que la fuerza del evangelio prevalezca contra la vuestra. Cada hora de vuestra dignidad y de vuestra libertad es una hora que se os conserva á pesar vuestro, y que debeis á la potestad de Jesucristo. Si se bajase un dia su cruz sobre el horizonte como un astro gastado, producirian infaliblemente de nuevo la servidumbre las mismas causas que la produjeron en otro tiempo; se reunirian en las mismas manos, por una invencible atraccion, el dominio de la tierra y el dominio del trabajo, y la pobreza, sucumbiendo bajo la riqueza, presentaria al mundo atónito el espectáculo de una degradacion de que no ha salido sino por un milagro siempre subsistente ante nuestros ojos.

Se os hace duro este milagro, y hasta preguntais ingeniosamente en qué página del evangelio ha sido positivamente reprobada y abolida la esclavitud: ¡ah, Dios mio! en ninguna página, sino en todas á la vez. Jesucristo no dijo una sola palabra que no fuese una condenacion de la esclavitud, y que no rompiese un anillo de las cadenas de la humanidad. Cuando se lla-

maba Hijo del hombre, libertaba al hombre: cuando decia que se amase al prógimo como á sí mismo, libertaba al hombre: cuando elegia á pobres pescadores para apóstoles suyos, libertaba al hombre: cuando moria por todos indistintamente, libertaba al hombre.

Acostumbrados, como estais, á las revoluciones legales y mecánicas pedis á Jesucristo el decreto con que ha cambiado el mundo; os admirais de no encontrarlo en la historia, formulado casi en la forma siguiente: «Tal dia, á tal hora, cuando el reloj de las Tullerías dé tantos golpes, no habrá ya esclavos en ninguna parte.» Estos son vuestros procedimientos modernos, pero observad tambien las desmentidas que les dá el tiempo; y comprended que Dios, que no hace nada sin el libre concurso del hombre, usa en las revoluciones que prepara de un lenguaje mas respetuoso para nosotros y mas seguro en su eficacia. San Pablo, iniciado en los secretos de paciencia de la accion divina, escribia: *Yo, como Pablo, viejo, y aun ahora prisionero de Jesucristo, te ruego por mi Onésimo, el que yo he engendrado en las prisiones... el mismo que te vuelvo á enviar, no ya como siervo, mas en vez de siervo, como hermano muy amado.* (1)

Así se ha hecho la restitucion evangélica del

(1) *Epist. ad Philem*, v. 9, 10, 12 y 16.

hombre; así se propaga y se conserva, por una sensible infusion de la justicia y de la caridad, que penetra el alma y la trasforma sin sacudimiento, y que hace que no sea jamás conocida la hora de la revolucion. El mundo anterior á Jesucristo no ha sabido que la propiedad del trabajo era esencial al hombre: el mundo formado por Jesucristo lo ha sabido y lo ha practicado; hé aquí todo.»

Así es como la palabra y el ejemplo del Salvador del mundo; así es como la palabra, y los ejemplos, y los hechos de sus apóstoles y discípulos, limaron sor-damente las cadenas de la antigua esclavitud: así es tambien, como esas palabras, y esos ejemplos, y esos hechos, encarnándose en las instituciones, en las costumbres y en las leyes de la Iglesia de Cristo, acabaron por fundir los anillos todos de esa cadena que oprimia y deshonraba las antiguas civilizaciones. Y todo esto marchando siempre en el camino del bien, avanzando en la obra de la libertad á través de escollos, de resistencias y dificultades, sin retroceder jamás, pero sin producir tampoco conmociones violentas ni peligrosas revoluciones. Ya hemos dicho en otra parte, que la mayor gloria de Jesucristo y de su Iglesia en esta materia, consiste en haber llevado á cabo esta gran trasformacion social sin determinar los sacudimientos y perturbaciones desastrosas que suelen acompañar y deshonrar aquellas revoluciones que son la obra del hombre. Hay aquí una gran trasformacion, y

si se quiere, una gran revolucion social, que se ha consumado sin que el hombre se apercibiera del dia, ni de la hora de su consumacion. Es esta la señal de las obras divinas; es el carácter que distingue, ennoblece y afirma las revoluciones que son la obra del dedo del Omnipotente.

Hay mas todavía: el cristianismo y la Iglesia dieron pruebas de exquisita prevision y de prudencia consumada en esta obra de libertad, no solamente por haberla llevado á cabo sin producir revoluciones desastrosas, sino tambien, y principalmente por haber comprendido que la abolicion de la esclavitud debia comenzar por arriba, es decir, por la parte moral é intelectual del hombre. Antes de romper las cadenas materiales que aprisionaban al esclavo, era conveniente y hasta necesario romper, ó por lo menos, aligerar sus cadenas morales: era preciso rehabilitar al que se hallaba profundamente envilecido á los ojos de la sociedad y hasta de sí mismo. Antes de restituir al hombre su libertal natural y civil, era necesario restituirle su personalidad, la conciencia de su propia dignidad. Hé aquí el camino que emprendió la Iglesia cristiana para realizar la abolicion de la esclavitud: y hé aquí tambien por qué esta empresa fué en el cristianismo y por medio del cristianismo, una empresa gigantesca, una gran revolucion social, pero revolucion pacífica á la vez que fecunda.

Escuchemos sobre esta materia la palabra autori-

zada de un escritor de bella memoria en la historia de la caridad cristiana. «Sabemos, escribe el malogrado Ozanan, (1) lo que las leyes antiguas habian hecho del esclavo; pero no conocemos bastante lo que habia llegado apenas á ser el esclavo en las costumbres, lo que habia llegado á ser esta criatura humana, ó mejor dicho, esta cosa de que acostumbraban servirse para saciar las pasiones mas lúbricas, para ensayar los venenos, como hacia Cleopatra, ó para alimentar las lampreas, como Asimo Polion. Mas la humanidad no perdió jamás sus derechos; y Séneca habíase atrevido, en alguna parte, á espresar la opinion temeraria de que los esclavos podian muy bien ser hombres como nosotros. Sin embargo, Séneca poseia veinte mil esclavos, y no vemos que su estoicismo le haya inducido á conceder la libertad á uno solo de ellos. Mas todavía; este estoicismo se habia introducido en los escritos de los jurisconsultos romanos; y á pesar de esto, ¿no vemos que se esfuerzan en impedir ó disminuir el número de manumisiones, considerándolas á la vez como una cosa peligrosa para la seguridad pública?

Una mitad de la poblacion romana estaba bajo la esclavitud, y en el esclavo el envilecimiento se estendia no solamente al cuerpo sino tambien al alma. Pasaba efec-

(1) *La Civilisation au cinquième siècle*, pág. 49.